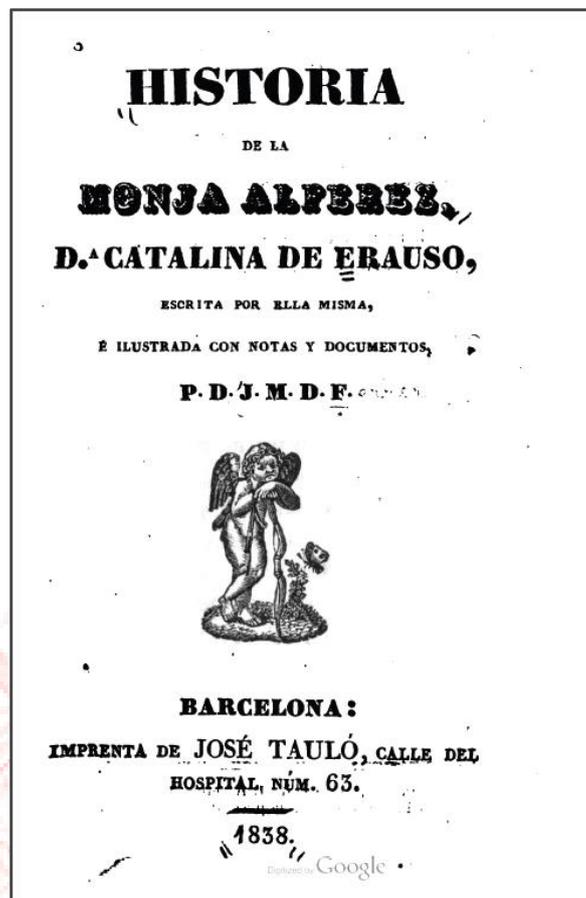


<b>AUTORA</b>	Erauso, Catalina de
<b>TÍTULO</b>	<i>Historia de la monja alférez</i>
<b>DATOS BIBLIOGRÁFICOS</b>	Barcelona: Imprenta de José Tauló, 1838, 23 p.
<b>EJEMPLAR</b>	Harvard University ( <a href="#">texto completo</a> )
<b>NOTAS</b>	Portada y prólogo del editor
<b>EDICIÓN</b>	Beatriz Domínguez Galindo
<b>RESPONSABLE</b>	María D. Martos
<b>ISSN Y FECHA</b>	ISSN 2659-2924, mayo 2019



[h. 1r]

Historia de la monja alférez

[h. 1v] [En blanco]

[p. 1] [En blanco]

[p. 2]

Doña Catalina de Arauso [Grabado de su retrato]

[p. 3] [Portada]

Historia de la monja alférez. Doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma, e ilustrada con notas y documentos, P. D. J. M. D. F.

[Grabado de un ángel]

Barcelona: Imprenta de José Tauló, Calle del Hospital, núm 63, 1838.

[p. 4]

Se hallará en la librería de J. A. Sellas y Oliva calle de la Platería, junto a la plaza de Santa María.

[p. 5]

#### PRÓLOGO DEL EDITOR

Si los que acusan a la naturaleza de uniformidad o monotonía en su acción la estudiasen en sus portentos, sin necesidad de apelar a las esfinges y los hipogrifos ni admitir los cuentos pueriles que adoptó la credulidad de Julio Obsecuente, y Virgilio Polidoro hallarían que aquella ha consignado en sus obras la prueba de lo contrario, y con ella el testimonio de todos los atributos de su divino autor, que apenas acierta conciliar la debilidad de nuestra razón. Verían que si reproduciendo en general, y en un periodo determinado los mismos fenómenos parece decirnos, su fuerza no envejece sus leyes son inmutables a sus frecuentes [p. 6] aberraciones, si no es permitido darles este nombre: vinculó la prueba de la libertad de su acción, la de su omnipotencia, mostrándonos que si el universo es por su elección lo que vemos, habría podido ser de mil millones de maneras diferentes, y que obrando sin otro obstáculo que el de reproducirse así propio, y cuantas nosotros podemos concebir y expresar por una serie inmensa e cifras numéricas, ninguna de ellas estaría fuera de la posibilidad de su acción.

Y si el orden físico de la naturaleza se presta a estas observaciones, ¿qué diremos del orden moral en que las anomalías, los prodigios son tan multiplicados que más de una vez parecen hacer equívoca y dudosa la regla general? Para cada monstruo con dos cabezas que la naturaleza ha producido ¡cuántos millares de fenómenos análogos no presenta la historia moral del hombre! ¿Cuántas tenían a juzgar [p. 7] por su vasta capacidad, por la sublimidad de su inteligencia Aristóteles y Newton, Lope de Vega y el filósofo de Ferney?

Y en otro sentido, si los anales reducidos de la virtud nos ofrecen héroes, que parecen más que hombres; ¡qué de tigres bajo la misma forma no presenta la crónica voluminosa del crimen! La naturaleza en este orden moral abunda en ejemplos aún de lo mismo de que en el orden físico no ha querido hasta ahora dar ninguno. Los acéfalos y los andróginos o hermafroditas, quimeras del

naturalista son, por decirlo así en la historia moral de la especie humana, un acontecimiento común. En cuanto a los primeros, tribus sin número, naciones enteras cubren la tierra cuyo exceso de estupidez justificaría por analogía el uso de aquel dictado, pues que tanto vale no tener un órgano, como tenerle paralítico o en un estado de completo marasmo; y [p. 8] en cuanto a los segundos, la historia de las mujeres hombres que tanto han escrito, con ser inmensamente más reducida que la de los hombres mujeres que nadie ha querido escribir, no deja duda de la certeza de aquella verdad. A esta historia ya de suyo interesantísima me propongo yo añadir algunas páginas no indiferentes, dando luz a la presente obra.

Quisiera yo en verdad que mi heroína hubiese merecido este nombre por sus virtudes; que hubiera utilizado las grandes calidades de que la dotó la naturaleza; que de su claro entendimiento, de aquellas disposiciones felices con que en las variadas situaciones de su vida mostró toda la extensión de su capacidad hubiese hecho un uso acertado y noble, ilustrando su sexo por la superioridad de su razón; que su ánimo esforzado y varonil exento de las manchas de los delitos, renunciando a la triste celebridad de jaques, [p. 9] espadachines y perdonavidas, se hubiera exclusivamente empleado sobre el campo del honor en añadir nuevos timbres a las glorias de su patria. Más por desgracia la doña Catalina de Erauso está muy distante de ser un modelo de imitación. Mezcla extraña de grandeza y de funestas inclinaciones, su calor es las más veces irascibilidad ciega y feroz su ingenio travesura, y sin merecer el nombre de grande tiene que contentarse con el de mujer extraordinaria y peregrina, y no puede reclamar aquella admiración, aquella especie de culto que las generaciones reconocidas tributan solo al empleo útil de los talentos, al uso justo y beneficio de la fuerza, al heroísmo de la virtud.

Sin embargo, yo he creído que su historia debe ser publicada; su memoria transmitida a la posteridad, como un nuevo ejemplar que aumenta la colección de estos fenómenos raros, que [p. 10] así merecen excitar la curiosidad del fisiólogo y del filósofo, como la del hombre público. Al notar por ejemplo que en esta mujer asombrosa la fuerza de sus músculos, la rigidez y dureza de su organización, sus calidades varoniles llevan consigo la extinción absoluta de las pasiones y deseos propios de su sexo<sup>1</sup> el primero podrá examinar, si estos en la economía animal están vinculados a la conformación externa o interna de ciertos órganos; si en ellos debe localizarse su acción, o si teniendo en otros su residencia primitiva, los estímulos que por lo común en aquellos aparecen y sentimos son [p. 11] puramente simpáticos, en términos que, por decirlo así, un

---

<sup>1</sup> *Nota original:* Su castidad es en mi dictamen el punto más incontestable de su historia, y sin embargo no es creíble que la que tan constantemente observó, fue por respeto a los preceptos del Decálogo. ¿Cómo por principios de moralidad podía respetar el que la prescribe, quien con tan poco escrúpulo infringía los que le siguen y preceden? No había nacido Catalina de Erauso para refrenar sus pasiones. La que no pareció fue porque no la tuvo.

individuo de la especie humana, con todas las apariencias exteriores de su sexo, pueda real y verdaderamente pertenecer a otro; mientras que el filósofo observando que esta mujer extraordinaria no solo se olvida del suyo en las acciones comunes a los dos, sino en aquellas en que esencialmente consiste la diferencia de entre ambos, y que llega hasta adquirir, y sentir las inclinaciones y deseos del sexo opuesto<sup>2</sup> deducirá de este fenómeno ideológico y moral, hasta qué punto la influencia de nuestros juicios habituales, y por consecuencia la acción de la educación, es decir la de los ejemplos y hechos repetidos son capaces de modificarnos, de alterar y trastornar los movimientos menos dependientes [p. 12] al parecer de nuestra voluntad, las leyes más mecánicas de nuestra organización: deponiendo entre ambos en el santuario del legislador el fruto de tales y tan interesantes observaciones, que de justicia reclaman su primera atención. ¡Qué de virtudes malogradas en la sociedad, qué de crímenes no deshonran la historia de la humanidad por los viciosos sistemas; o el abandono de la educación! El heroísmo y la atrocidad no son acaso en su origen sino una disposición a todo lo que es grande y desmesurado; un problema que la educación resuelve en un sentido o en otro. ¡Cuántos de aquellos que ejercitaron a su funesta cegacidad en corromper la moral pública; en violar las leyes al a fuerza de dolosa disimulación, de rateras trampas y ardides, y que hubo de estigmatizar al fin el hierro de la infamia, dirigido su ingenio por una buena educación habrían servido con sus talentos al triunfo de la [p. 13] justicia y del orden, al bien de la humanidad! ¡Cuántos de los que terminaron en un patíbulo su aciaga existencia no habrían concluido su honrosa carrera, o triunfando en el Capitolio, u ocupado la curul de Temis!

¡Legisladores! La educación, la educación debe ser el asunto más serio de vuestras meditaciones, como el primer interés de la sociedad, como la única base de las leyes, que no pueden tener otra que las costumbres públicas, como el único medio de sustraer los hombres a las ciegas influencias del acaso, terreno movedizo y mal seguro que según los primeros ejemplos decide de su suerte. Aún en las cosas más pequeñas sería indigno de vosotros abandonar a la casualidad lo que la prudencia debe dirigir, pero en materia de educación es un crimen verdadero. Ella es la que da a los estados o miembros útiles y vigorosos cuya vitalidad se comunica al todo, o miembros inertes y [p. 14] corrompidos que o enervan su acción, o los aniquilan y disuelven, y así es como o funda o destruye la prosperidad de los imperios. Sobre ella en fin puede únicamente erigirse, hacerse justa o injusta vuestra autoridad sobre la tierra, pues es evidente que no podéis tener derecho a exigir de la que cultiváis lo que no habéis sabido sembrar.

Ni basta a satisfacer a vuestra augusta y delicada misión el que mal pagando la mitad de la deuda os hayáis ocupado todos cual más, cual menos del hombre, si os olvidáis, si condenáis por decirlo

---

<sup>2</sup> *Nota original:* Resulta de la vida que le gustaba no los hombres sino las mujeres, y entre estas las bonitas y no feas.

así a la nulidad y al desprecio la más hermosa mitad del género humano. Esta ejerce sobre la otra la influencia más decidida y poderosa. Sin perfeccionar a entre ambas cada una de las dos quedará muy imperfecta. ¿Qué error funesto ha hecho adoptar como por una especie de máxima o aforismo incontestable, que la estupidez y la [p. 15] debilidad sean el triste patrimonio de las mujeres? No es la naturaleza quien las ha dado esa necesidad, que en la vida doméstica las hace desde el principio insípidas, y que con grave daño de las costumbres y de la tranquilidad pública acaba por hacerlas insoportables, cuando con la edad desaparece el imperio de las ilusiones: esos achaques, esas enfermedades habituales, que agravan la suerte y de palanca las convierten en peso de las familias. Las más veces todos estos efectos no son sino los frutos amargos del abandono de toda educación, de la inmovilidad de un odio eterno, de la inercia de una vida sensual, que dejando las fuerzas físicas e intelectuales sin aquel ejercicio que las aumenta y vigoriza, vienen a presentar por resultado una triste combinación: espíritus apocados tímidos y para nada, en cuerpos enfermos débiles y para poco.

Dígalo por lo menos en cuanto a la [p. 16] parte física doña Catalina de Erauso, a quien la fuerza de la necesidad educó, por decirlo así, de otra manera, a quién la serie de los sucesos a que la arrastró su primer extravío hicieron contraer hábitos duros y con ellos un temperamento de acero. ¿Qué hombre no pasaría por esforzado y fuerte oponiendo una resistencia igual al hierro del enemigo, al hambre, a la sed, y a la intemperie? Estocadas, flechazos, naufragios, lanzadas, trescientas leguas atravesadas por la cordillera de los Andes sin tener que comer ni beber, donde no encuentra sino cadáveres yertos por la intensidad del frío, trabajos y fatigas a que no habría sobrevivido en el estado de educación actual una millonésima parte de su sexo, apenas dejan en ella vestigios de su tránsito; ¿qué habría sido de esta mujer, qué sería de todas dirigidas por una educación conveniente? ¿Cuál sería la hermosura, el vigor de la especie entera [p. 17] vaciada por tales moldes? ¿La veríamos acaso afeada con esas generaciones escualidas y raquíticas que nacidas para el sufrimiento, arrastran hasta el fin una existencia no menos inútil que dolorosa, y son en las familias un motivo de una aflicción constante? ¿Sería tan reducido el período de la vida del hombre?

¿Y quién sabe, bajo de otro aspecto, y en cuanto a la energía, de las facultades intelectuales y en el orden moral, si doña Catalina de Erauso en cuya vida, con no haber tenido otra escuela que ranchos y garitos, aparecen multiplicadas pruebas de su mucha agudeza y vasta capacidad, en cuya pluma al través de la llaneza de su desenfadado estilo se descubren soltura, propiedad, concisión, claridad, las primeras dotes de una buena narración, quién sabe repito, si cultivado su ingenio por la educación no habría sido dirigida por la piedad una santa [p. 18] Teresa de Jesús, inclinada a la elocuencia y la política una Aspasia, exaltada por el entusiasmo patriótico una Porcia, o dada a la literatura una Staël? ¡Qué de graves consideraciones para el legislador que con este espíritu examina

los hechos, los materiales que le suministra la historia de tales fenómenos! Para promover este examen y llamar su atención, harto más que para contentar una curiosidad estéril, o para ofrecer un pasatiempo a los lectores frívolos y ociosos he creído conveniente dar a luz esta obrilla que felices casualidades unidas al deseo de ser útil, de mostrar a mi patria cuánto me interesa lo que puede aumentar sus glorias o contribuir a su instrucción, me han puesto en estado y estimulado a publicar con los documentos y notas que la acompañan.

[p. 19, comienza el texto]

## HISTORIA DE LA MONJA ALFÉREZ

### CAPÍTULO PRIMERO

Su patria, padres, nacimiento, educación, fuga y correrías por varias partes de España.

